





CRISTINA MEDINA MUÑOZ

SUEÑO COFRADE

Platero
COOLBOOKS 

Título: Sueño cofrade

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto Cristina Medina.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-89-4

Esta *levantá* va por mi familia, por mis hijas
y mi marido, siempre apostando por mis locuras,
siempre constituyendo mi mayor apoyo.

Por todos aquellos artistas, los de ayer, los de hoy y
los que están por ser paridos, que, tocados por una mano
celestial, son capaces de guiar al Señor y a su Bendita Madre.

Esta *levantá* va por todos los soñadores,
cofrades que anhelan la Cuaresma y aman
su Semana Santa. Por todos vosotros.



Índice

Capítulo 0	11
Capítulo 1	13
Capítulo 2	19
Capítulo 3	21
Capítulo 4	25
Capítulo 5	31
Capítulo 6	35
Capítulo 7	41
Capítulo 8	45
Capítulo 9	55
Capítulo 10	59
Capítulo 11	63
Capítulo 12	67
Capítulo 13	69
Capítulo 14	77
Capítulo 15	83
Capítulo 16	91
Capítulo 17	93
Capítulo 18	99
Capítulo 19	101
Capítulo 20	103

Capítulo 21	105
Capítulo 22	111
Capítulo 23	117
Capítulo 24	121
Capítulo 25	129
Capítulo 26	135
Capítulo 27	139
Capítulo 28	145
Capítulo 29	147
Capítulo 30	153
Capítulo 31	157
Capítulo 32	161
Capítulo 33	167
Capítulo 34	173
Capítulo 35	175
Capítulo 36	183
Capítulo 37	187
Capítulo 38	193
Capítulo 39	195
Capítulo 40	199
EPÍLOGO	201

A la hora de desarrollar esta historia, me he tomado la libertad de realizar ciertas afirmaciones que hasta el momento no están confirmadas por historiadores y profesionales consagrados del mundo de las Bellas Artes. Es por ello, que a lo largo de la presente novela, aparecen como ciertas y aceptadas determinadas cuestiones que no suponen más que sospechas y atribuciones realizadas por diferentes artistas, éstas aún hoy perduran acerca de la autoría de algunas imágenes de nuestra Semana Santa.

Espero que el lector sepa comprender a esta escritora y sea benevolente con las referidas licencias literarias. Soy consciente de que pongo el dedo en la llaga.



Capítulo 0

Siglo XVII

Las gotas de sudor salpicaban todo aquel blusón que acostumbraba a llevar para los trabajos en el taller de su padre. La tarea previa de la madera agotaba, podía tratarse de algo más propio de un carpintero que de un artista de la escultura. Lascas de madera comenzaban poco a poco a cubrir el suelo, convirtiéndolo en un tapiz que crujía bajo sus pies. Se separó unos centímetros y observó con detenimiento las formas de aquello que descansaba sobre la mesa de trabajo. Por fin tenía delante aquel bulto ovalado de madera de cedro. Pensaba que iba a ser posible, podría darle vida a aquel rostro que aparecía una y otra vez en su mente, un rostro diferente, una cara singular, apenas plasmada a grandes trazos sobre unos lienzos que quedaban junto a la bolsa de arpillera que guardaba los preciados carboncillos. Tendría que hacerlo, soñaba con hacerlo, aunque fuera robándole horas al sueño y suplicándole a su padre que le facilitara aquel noble material.

Ahora no podía detenerse. Miró un momento por el pequeño ventanuco, algunos candiles iluminaban levemente las estrechas callejuelas, a esas horas de la madrugada se llenaban de siluetas y sombras fantasmagóricas. Luego dirigió su mirada hacia un rincón del taller, un pensamiento se coló de golpe en su mente, esos otros trabajos tendrían que



esperar, sentía esa inspiración como una especie de llamada, un recado pendiente de resolver, una tarea impuesta por su propia conciencia, un reto. Tenía que intentar que se acercara, aunque fuese de lejos, a ese rostro tantas veces imaginado. Con el corazón en un puño, con la fuerza del entusiasmo desenfrenado, seleccionó la gubia y empezó a trabajar.

Capítulo 1

Siglo XXI

La alarma del *smartphone* de su muñeca saltó de golpe sin previo aviso. Lucía había vuelto a perder la noción del tiempo en aquel taller de pintura y escultura del barrio de Los Remedios. Hacía ya varios años que recibía clases de pintura en aquel taller, pero en los últimos meses su asistencia y dedicación se había disparado exponencialmente. Hacía ya algún tiempo que su profesora la había animado para empezar con el modelado, y desde que se inició en esta tarea, su pasión por la escultura en barro se acrecentaba por día. Tanto era así que sus planes de estudiar Publicidad estaban perdiendo fuerza... ahora quería pintar, quería modelar, mezclar colores, quería aprender tantas cosas... y todas vinculadas a las Artes Plásticas. Era algo que no dejaba de darle vueltas, sobre todo pensaba en el momento, que tendría que llegar, de confesar a sus padres su intención de estudiar Bellas Artes. No faltaba demasiado, estaba en el mes de febrero y ese mismo año, en junio, eran las Pruebas de Acceso a la Universidad. «Ya veremos», pensaba mientras recogía los utensilios y se disponía a abandonar el taller. Ese día se dio prisa, era Miércoles de Ceniza y había quedado con sus amigos de la hermandad para ir a misa.

Salió como una bala y se dirigió a casa de su amigo Juan. Caminaba deprisa. Iba cargada con una aparatosa bolsa en

el hombro. Al verse reflejada en un escaparate, se desató la coleta deshilachada y se movió algunos mechones para estar más presentable.

Al cruzar los espesos jardines que conducían a casa de su amigo de toda la vida, Lucía casi se tropieza con su también amigo Pepo. Este no había cambiado, seguía siendo un verdadero incordio, un pesado, un redicho, un egocéntrico que tenía la gran habilidad de hacer los comentarios más inesperados siempre fuera de lugar. Él también esperaba a Juan al pie de las escalinatas del portal. Pepo le hizo una especie de saludo reverencial con la mano y dibujó una sonrisa guasona.

—Vaya las pintas, *miarma*. ¿Tú te has mirado en un espejo? Parece que has *salío* de echar el gotelé en una obra...

Pepo la miraba con una mueca que iba entre lo anecdótico y la repugnancia. Lucía lo fulminó con sus ojos verdes.

—Déjame, te aviso que no tengo el día, Pepo.

—Mira, mira, que tú de un tiempo para acá siempre estás *mosqueá* con la vida, yo ya te lo dije... que el madrileñito ese te iba a dejar *tocá*... pero tú *nááá*, que te has vuelto muy antipática, con lo bonita que eras tú...

Lucía lo miró con paciencia y soltó un suspiro para no entrar en ataque directo.

Aunque le costara reconocerlo, un poco de verdad sí llevaba Pepo, Lucía y Pablo habían estado juntos unos meses, pero aquello duró muy poco, Pablo casi no venía a Sevilla a casa de sus tíos y decidieron ser simplemente amigos, aun así Lucía no podía evitar sentirse triste y a veces desubicada, quizá por ello se había volcado en el taller más que nunca.

El chirrido de la puerta de hierro forjado la sacó de estos pensamientos. Juan bajaba arreglado, con sus rizos rubios aún mojados de la ducha que se había dado. Se había plantado unos pantalones verdes oscuro y un chaleco acolchado que dejaba ver un jersey color mostaza. Silbaba una marcha, *Madre Hiniesta*, su preferida. Al ver el aspecto desaliñado de



su amiga, cerró levemente los ojos y arrugó la nariz.

—Ya está, Juan, no empieces tú también, vengo del taller como una pordiosera, lo sé —le soltó Lucía de forma brusca.

—Uy, no, quieta *pará*, yo cierro mi boquita y punto. — Juan se hizo la señal de la cremallera sobre los labios—. Yo esta tarde estoy pletórico, ya se puede hablar de cofradías con total libertad sin que nos digan que somos unos *frikis* intensos, hoy empieza la Cuaresma. —Pepo, al escucharlo, se echó la mano a los labios y le lanzó un beso al cielo, así, en plan torero.

Los tres amigos comenzaron a andar por la avenida que les llevaría hasta la Basílica del Stmo. Cristo de la Expiración. Charlaban sobre la ansiada Cuaresma y los planes que tenían para estos días tan señalados en el calendario. El que más hablaba era Pepo, como siempre, quien empezó a enumerar un sinfín de motivos, algunos bastante absurdos y rocambolescos, para justificar por qué la Cuaresma debería de durar todo el año. Juan y Lucía lo escuchaban resignados, deseando llegar a la iglesia. Una vez se adentraron en el templo, buscaron un lugar donde sentarse y enseguida empezó la Eucaristía de Imposición de Ceniza. Lucía vio de lejos a Paula, la hermana de Juan, que estaba allí con sus padres, esta le hizo una señal para que se sentara a su lado. Juan enseguida puso mala cara. No llevaba bien que su hermana pequeña se entrometiera en su pandilla de la hermandad.

La homilía no fue muy larga y al cabo de unos cuarenta minutos comenzó a desalojarse la iglesia. Todos sus amigos hicieron un corro en la puerta con una pequeña mancha grisácea en el nacimiento del pelo.

—Bueno, y ahora, el pepito de gambas con alioli, como todos los años, ¿no? —Juan estaba de buen humor y se frotaba las manos.

—Hombreeee, y una mijita de ensaladilla, *miarma*, separar el Miércoles de Ceniza del pepito de gambas sería

como separar el músico de la corneta, el diputado del palermo, o las espinacas de los garbanzos —respondió Pepo enseguida.

Lucía se volvió a sus amigos y les dedicó una media sonrisa.

—Qué va, hoy me voy ya, llevo todo el día fuera de casa. Además, tengo encima que mirarme unos apuntes de Lengua ahora.

—Niña, que te acompaño a tu casa y así te llevo todos esos bártulos que tienen que pesar un quintal —Pepo insistía en acompañarla, pero Lucía dijo rápidamente que no con la cabeza. Pepo hablaba sin parar y le producía constantes dolores de cabeza.

—No, Pepo, vete a buscar mejor tu pepito de gambas y tu ensaladilla, ale —añadió mordaz su querida amiga.

Se dio la vuelta de prisa levantando el brazo para evitar la réplica y empezó a caminar decidida hacia la calle San Jacinto, que es donde vivía con su madre. Hacía frío, la noche cerrada había traído consigo una considerable bajada de temperatura. Lucía se abrochó la cazadora de piel tostada y se subió los cuellos apretando el paso. Llegó hasta la puerta de su portal y se la encontró encajada, no tenía ni que sacar las llaves. Al salir del ascensor ya había localizado las llaves en el bolso y se dirigía a la cerradura de forma automática cuando algo extraño llamó su atención sobre el felpudo. Era un sobre. Se agachó pensando en alguna publicidad que acabaría probablemente arrugada sobre la encimera de la cocina, pero no. Se trataba de un sobre blanco, más pequeño de lo habitual, no tenía ninguna marca o señal, abrió el sobre, intrigada, y encontró un pequeño papel con algunas frases escritas a ordenador.

¿Quién eres realmente? ¿De dónde viene tu pasión y pericia con las artes plásticas?



Sus grandes ojos verdes se abrieron como dos platos soperos, al cabo de unos segundos, se descubrió a ella misma soltando una gran risotada, ¡sus amigos! «Estos dos graciosos se van a enterar».

Empezó a pensar qué barbaridad soltaría por la boca a sus queridos Pepo y Juan mientras empujaba la puerta de casa. Lo que ella no sabía, es que, posiblemente, aquella frase y la Cuaresma que ya tenía encima estaban a punto de cambiar su vida.



Capítulo 2

Unos minutos antes

La calle San Jacinto aún estaba concurrida, venían muchos coches desde la plaza de San Martín de Porres. A pesar de que la noche había caído hacía unas horas, muchas personas transitaban las calles, posiblemente regresaban de sus trabajos y se dirigían a sus domicilios. Tenía que ser cauteloso, era muy importante que todo saliera a la perfección, su prudencia era vital para depositar aquel sobre y que el premeditado plan saliera bien. Aligeró el paso y, con los nervios golpeando fuerte en el estómago, divisó una silueta a lo lejos, no cabía duda, era ella. Tendría que hacerlo todo con suma rapidez.

Sentía el golpeteo incesante de su corazón acelerado. Subió por las escaleras a toda prisa, no encendió el interruptor de la luz y tuvo que hacerlo todo con la ayuda del móvil. Al llegar al tercer piso palpó dentro de su mochila, ajá, allí estaba el sobre. Lo extrajo y lo depositó en el felpudo. Algo hizo que se enderezara de golpe, el ascensor emitió un sonido metálico, una especie de clanc, había sido llamado desde abajo y pronto, muy pronto, se abriría la puerta en aquella planta. Bajó las escaleras con la respiración entrecortada. Ya lo había hecho, el primer paso estaba dado. Cuando salió del portal tomó aire, cerró los ojos unos segundos, entonces supo que ya no podría volverse atrás.

